

CAPÍTULO VII.

(1863-64)

Un recuerdo á Pérez Jardón.—Actividad de Berriozábal.—Los franceses en busca del tesoro.—Alarma en Uruapan.—Pánico entre los emigrados.—La familia Trejo.—Incendio de los archivos.—Llegada de los franceses.—El día de año nuevo.—¡Los vencedores del mundo!—¡La intervención!

Tan luego como llegó Berriozábal á Uruapan, se consagró á la reorganización de sus fuerzas, procurando levantar la moral del soldado; hizo sentir la acción del Gobierno en todos los departamentos de Michoacán, y á fin de atenuar la alarma y el desfallecimiento en la opinión, que había causado el mal éxito del ataque á Morelia, cuidó de que se publicase en el periódico oficial el parte de aquel hecho de armas, dándose á conocer la verdadera situación del ejército para que se viese que aún quedaban en pie poderosos elementos con que seguir luchando.

A propósito del periódico oficial del Gobierno de Michoacán, no quiero pasar adelante sin hacer un merecido recuerdo de aquel buen patriota Gregorio Pérez Jardón. Emigrado de México, cuando el Sr. Juárez abandonó aquella capital en 31 de Mayo de 1863, Pérez Jardón se trasladó con su familia á Morelia, en cuya ciudad siguió publicando su periódico *El Constitucional*. Cuando el Gobierno del Estado fijó su residencia en Uruapan, el general Berriozábal le encargó la redacción del periódico oficial, en cuyo puesto permaneció durante toda la campaña hasta poco después de recobrada por nuestras tropas la capital de Michoacán. ¡Cuántas veces peregrinaba de pueblo en pueblo, al frente de sus cajistas y llevando consigo

los útiles de la imprenta! A veces, en un aislado rancho de la tierra caliente, armaba la prensa, ponía á trabajar á sus hombres y la hoja impresa comenzaba su circulación! Por causa de enfermedad ó por una ausencia necesaria, Pérez Jardón interrumpía, en muy cortas temporadas, sus tareas periodísticas: entonces lo sustituían el que escribe estas líneas ó D. Antonio Espinosa, antiguo Prefecto de Tacámbaro y que más tarde desempeñó altos puestos en la administración del Estado. Hay que agregar que á Pérez Jardón, por su enérgica constancia y por su sincero patriotismo, se debió que jamás se suprimiera *La República*, periódico oficial del Gobierno de Michoacán de Ocampo.

Volvamos ahora á ocuparnos de las disposiciones dictadas por Berriozábal. En el inmenso material de guerra que había en Uruapan, existían las máquinas de una capsulería establecida en aquella ciudad desde la guerra de Reforma, máquinas que desde entonces trabajaron incesantemente bajo la dirección del ingeniero Carlos O. Sheridan. De Morelia se habían trasladado los aparatos de las fábricas de armas y de parque que en aquellos días fueron conducidos á Uruapan juntamente con una gran maquinaria que se había montado en San Juan de Viñas para la fabricación de *tlacos* (moneda de cobre para el tanteo). Todo esto formaba un verdadero arsenal, y si se le agregaba la gran cantidad de parque que estaba depositado en más de cien cajones, se comprenderá que en un caso dado no podría transportarse sin grandes dificultades este pesado y bromoso cargamento. Era, pues, preciso enviarlo á lugar seguro, y así lo previno el general, disponiendo que fuese remitido en dos grandes fracciones: una á las órdenes del general D. José Justo Alvarez, y á la inmediata vigilancia de Ramón Medina, empleado activo é inteligente y que emprendió su camino por Apatzingán; y la otra á las órdenes de D. Francisco Carrillo, quien tomó la vía de Periván, dirigiéndose ambas expediciones hacia el lejano pueblo de Coalcomán, situado sobre el litoral del Pacífico. He juzgado de mi deber entrar en todos estos pormenores que á

algunos parecerán difusos, porque además de que los considero necesarios para referir sucesos posteriores, indican claramente que el Gobierno de Michoacán estaba preparado para la guerra, habiéndose hecho buen empleo del dinero de las contribuciones, y aprovechando los servicios de tantos ciudadanos patriotas. Si la impericia, ó lo que fuere, del general Uraga comprometió tan cuantiosos elementos, hasta el grado de que se desvanecieran como el humo, se verá que de ninguna manera puede inculparse por ello á los jefes de las fuerzas michoacanas.

Me obliga también á consignar estos recuerdos, la circunstancia de que estas disposiciones fueron muy censuradas en aquellos días por ciertos hombres á quienes agrada censurarlo todo.

Decían que los franceses no llegarían á pisar á Uruapan, pueblo insignificante para sus planes; que por de pronto su objeto era perseguir á Uraga, y que desde antes tenían concertada la campaña de Jalisco; que por lo tanto eran, por lo menos, exageradas las determinaciones de Berriozábal. Esa clase de políticos, ambiciosos, descontentadizos y pesimistas, fué muy perjudicial para la acción del Gobierno, al que oponían toda clase de obstáculos. Por más de un año duró esta plaga, que por fortuna desapareció en los días más aciagos, en que su presencia hubiera producido mayores males. Eran los que más blasonaban de patriotismo, los más exigentes y los que menos respetaban á los ciudadanos pacíficos.

Ahora bien, la previsión de Berriozábal quedó justificada.

Douay llegó á Los Reyes el 28 de Diciembre, dos días después que Uraga había pasado con su ejército por aquella población, rumbo á Zapotlán, en donde tomó cuarteles el 2 de Enero de 1864. El jefe francés, sabedor de que, procedente de Uruapan, había salido un convoy por el camino de Periván, destacó sobre este pueblo toda su caballería, la cual se apoderó de los útiles para la fundición de piezas de artillería, de la maquinaria para acuñar tlacos y de gran cantidad de vestuario. Por los prisioneros supo Douay que la artillería

de batalla de los liberales iba en camino para Uruapan; que en esta ciudad quedaba otro convoy con municiones de guerra y el resto de los útiles de la maestranza que de un día á otro deberían salir para Apatzingán, y por último, que había un inmenso cargamento de cajones cuyo contenido era importante. Entre los soldados extranjeros comenzó á correr el rumor, que se hizo más y más insistente, de que los cajones que se enviaban por el rumbo de Apatzingán contenían barras de plata y *dinero* sellado de Uraga, de Berriozábal y demás jefes superiores del ejército republicano; "prueba de ello, decían, los troqueles que se habían apresado en Periván." Cuando los soldados supieron que el general Douay había resuelto retroceder rumbo á Uruapan, no cabían en sí de contentos y soñaban en la conquista de "El Dorado." Larguísimo se les hizo el día de descanso que pasaron en los Reyes.

El 30 salió la columna francesa, llevando la dirección indicada.

El coronel Ronda, con su regimiento "Lanceros de la Libertad," exploraba los movimientos de Douay. Vió salir á los franceses por el camino de Uruapan y dió aviso inmediatamente á Berriozábal. Por su parte no se alejó de la vanguardia del enemigo, llevándola á una vista en la marcha, y más de una vez sus *chinacos* cambiaron tiros con los dragones del coronel Margueritte. Los franceses pernoctaron en Parangaricutiro; Ronda en el llano que está al Oriente de aquel pueblo.

Difícil es describir la confusión que reinó en Uruapan al tenerse noticia de la aproximación de los invasores. Nadie se explicaba el motivo de aquel movimiento retrógrado. Lo natural era que siguiesen á Uraga y no á las pequeñas fuerzas, ya fraccionadas, de la División de Michoacán. Rumores vagos afirmaban, empero, que la columna que se acercaba era distinta de la que había salido de Zamora: se decía que el general Bazaine se había propuesto invadir á Michoacán con numerosas fuerzas, á fin de dejarlo enteramente pacificado. Estas y otras noticias, cuyo objeto era introducir el pánico

entre los nuestros, eran propaladas por agentes del imperio que, disfrazados de arrieros, ó de vendedores de *ancheta*, recorrían los pueblos. No faltaron, entre semejantes *vendidos*, algunos abogados y comerciantes de Morelia que, pretextando negocios en los lugares ocupados por los liberales, no tenían más misión que ir á sembrar la alarma y la desconfianza entre los republicanos y promover entre ellos la traición. Por fortuna estos malos hijos de México fueron muy pocos, aunque por desgracia contribuyeron á prolongar la guerra y lograron hacer algunos traidores. Esto que estoy diciendo sucedió durante toda la campaña, pues que el gobierno imperial confiaba mucho en tales medios y no omitía gastar el dinero en agentes tan degradados.

Continúo ya el relato interrumpido. El pánico se produjo en Uruapan. ¿Cómo salvar los archivos públicos, el parque, el vestuario, los equipajes? Infinidad de cajones que contenían todos esos objetos estaban depositados en la plaza mientras se hallaban piezas en que acomodarlos. Los hatajos de mulas que los habían trasladado de Morelia, habían ya regresado en parte, y en parte hacían el camino de Coalcomán con el material de guerra, como queda referido: faltaban caballos para las familias de los emigrados que se veían en la necesidad de emprender nueva peregrinación.

Ni había que pensar en una resistencia; ¿qué podrían seiscientos hombres que á lo sumo había en Uruapan, contra una División de franceses de más de tres mil soldados?

El tiempo urgía: el enemigo estaba á ocho leguas de distancia; nadie ignoraba que su táctica usual consistía en forzar las marchas y caer de sorpresa sobre nuestras tropas. Venían de poblaciones afectas al imperio, y de consiguiente contaban con guías fieles y decididos.

La artillería que Uraga había enviado desde Parangaricutiro, se hallaba detenida en el llano que se extiende detrás del cerro de Cheranguerán, á dos leguas escasas de Uruapan, sobre el camino que traían los franceses. Berriozábal libró orden al jefe que la conducía, que era el coronel Eufemio Amador, para que la destruyese.

Esto pasaba el día 30. Los equipajes se cargaban en los

pocos animales que se habían conseguido: las calles estaban obstruídas; señoras y niños caminaban en burros ó á pie, costándoles trabajo pasar por entre aquella aglomeración de objetos: muchos de esos infelices viajeros iban llorando, fijo su pensamiento en la miseria y en los peligros que los rodeaban. ¿Qué suerte les depararía el destino? ¡Cuántas maldiciones oímos entonces contra el partido infame é impotente que había ido á mendigar á Europa la funesta intervención!

Me acuerdo que entre los emigrados había una tribu compuesta de varias familias, parientes entre sí, que habían dejado su hogar en Tlalnepantla, y que, como los antiguos patriarcados, iban trashumantes por Michoacán, conduciendo sus ganados; improvisaban establos en los pueblos de su tránsito, y llevaban sus vacas y sus cabras á pastorear en los alrededores.

El patriarca de aquella tribu era el honrado, el patriota sin mancha, el amoroso padre D. Rafael Trejo, cuyos hijos mayores, Espiridión, Justo y Eutimio, militaban en las filas del ejército republicano, á las que ingresó el hoy conocido escritor Joaquín Trejo, un año después de los sucesos que estoy narrando en este capítulo, porque entonces estaba aún en la infancia.

Por fin, todo aquel caos de tropas, familias, caballos, mulas, burros, vacas y ganado cabrío, logró salir de Uruapan y dirigirse á Taretan.

El general Berriozábal permaneció en la plaza con su Estado Mayor y una pequeña escolta. De tiempo en tiempo sus comisionados traían algunas acémilas que se cargaban y que salían inmediatamente por el camino indicado. El cargamento, sin embargo, parecía no disminuir y llenaba aún la plaza que hoy se conoce con el nombre de "Fray Juan de San Miguel."

El general quería, además, tener las últimas noticias del enemigo, noticias que á cortos intervalos le comunicaba el coronel Ronda. A eso de las nueve de la noche llegó á escape el coronel Amador, diciendo que los franceses avanzaban á toda prisa, y se dirigió á dar parte á Berriozábal de haber dejado cada una de las piezas de artillería en medio de una in mensa hoguera para que quedaran fundidas.

Berriozábal, que deseaba tener la certeza del parte que recibía, envió al empleado de hacienda Federico Bravo y á los guardas Feliciano Rodríguez y Rafael Cortés para que viesen si la batería estaba totalmente destruída. Los enviados volvieron manifestando que las piezas permanecían intactas, si bien cerca de ellas había algunas fogatas; que no habían visto por allí á ninguno de los artilleros, y que habían recogido y entregaban al general algunas de las mulas de tiro. Berriozábal oyó indignado el informe, pero en aquellos momentos tenía mucho á que atender, y por de pronto, el coronel Amador fué olvidado.

Al principio de la noche la obscuridad era completa, no sólo porque era la época del cuarto menguante de la luna, sino porque había espesos nubarrones en el cielo. Repentinamente una luz siniestra iluminó los portales de la plaza. La vislumbre se difundía á larga distancia. No sé quién dió orden, ó quién sin ella, prendió fuego á los cajones del archivo que no habían podido ser llevados. Pronto tomó fuerza el incendio, y de tiempo en tiempo tronaban algunos cartuchos que habían quedado rezagados, pues por fortuna se envió de toda preferencia el parque. Serían las tres de la mañana, cuando una partida de guerrilleros republicanos, procedente de la Sierra, atravesó la plaza para dirigir su retirada rumbo á *Tomendán*. A esas horas había aparecido la luna en el horizonte. Cuando dicha tropa bajaba por las calles de Santiago, la luz misteriosa del astro de la noche iluminaba aquellos soldados que marchaban silenciosos, y cuando llegaron á la plaza, las llamas encendieron en su rostro un reflejo que los hacía aparecer como figuras imponentes de aspecto feroz.

Por fin el inmenso material aglomerado en la plaza quedó convertido en cenizas que el viento helado de la Sierra arrastraba por el pavimento de las calles.

Berriozábal no se había olvidado de los cañones que estaban en Cheranguerán. En las primeras horas de la mañana del día siguiente comisionó á Sheridan y á otra persona cuyo nombre no es fuerza mencionar, para que aprovechando sus relaciones en el lugar, llevaran gente y destruyesen las piezas. En efecto, conseguimos que nos acompañaran algunos

indios, y nos dirigimos á Cheranguerán. Sheridan empleó distintos medios para obtener el objeto, pero todos sin resultado, porque los grandes cañones estaban muy bien contruídos y ni siquiera había proyectiles para dejarlos embalados. En seguida discurrió cargarlos de pólvora hasta la boca: los enterró dejando afuera la culata y se prendió fuego á la mecha. La detonación fué espantosa; se abrieron grandes hoyos en la tierra y se levantó densa polvareda; pero los cañones quedaron tan buenos como antes, aunque sin cureñas, única cosa que se pudo destruir en el acto. Trató en seguida Sheridan de que los indios que nos acompañaban lazasen los cañones y los fueran arrastrando hasta encontrar una barranca en que despeñarlos.

En esta tarea nos hallábamos, cuando oímos unos disparos en el camino de Parangaricutiro: luego se escuchó un fuego nutrido y se vió la fuerza de Ronda que se batía en retirada. Abandonamos las piezas: los indios corrieron á la desbandada á ocultarse entre los pinares; nosotros montamos sin pérdida de tiempo, enterramos las espuelas en los ijares de nuestros respectivos caballos, y blandiendo el chicote, entonamos aquel cantar: "Dime, mi bien, si me has abandonado."¹

Llegamos á Uruapan y nos apresuramos á poner en conocimiento de Berriozábal que el enemigo avanzaba sobre la ciudad. El general, con más calma, esperó que llegara Ronda, y entonces emprendió la retirada. Los "Lanceros de la Libertad" permanecieron el resto de la tarde en la población, y al principiar la noche fueron á situarse á Santa Catarina, en el extremo del llano, dejando en la ciudad á la guerrilla de exploradores con orden de no moverse de allí hasta que vieran á los franceses. Estos, entretanto, habían acampado en Cheranguerán, donde pernoctaron. Su caballería hizo una batida en los ranchos inmediatos y recogió algunos soldados que sirvieron para transportar nuestros cañones, único botín que les deparó su fortuna, pues que los cajones llenos de pesos iban ya lejos en camino de Coalcomán.

1 Con este verso indicaban modestamente los *chinacos* el acto de huir. Ignoro de dónde tomaría origen esta manera de indicar el *sálvese quien pueda*.

Amaneció el día 1º de Enero de 1864. A las seis de la mañana bajaron por las calles de Santiago y siguieron por las de San Francisco, los cazadores de Africa. En medio del silencio que reinaba en la ciudad, se oía espantoso el ruido de las herraduras de quinientos caballos sobre el empedrado de las calles. Aquella masa pasó, rápida como una avalancha, y se dirigió al llano: en todo el trayecto fueron tiroteándose con los exploradores de Ronda, hasta llegar á la cuesta de Taretan en donde estaban situados los "Lanceros de la Libertad." Los franceses tenían siempre mucho temor á las emboscadas. La experiencia les había demostrado que en terreno fragoso ó entre los árboles de un bosque, los chinacos les sacaban la ventaja, porque nuestros caballos son de mejor rienda y de más fáciles movimientos que los suyos. El ataque de la caballería francesa es imponente y terrible; pero necesita campo abierto donde funcionar, donde acometer en compacta formación, donde es practicable la disciplina, ó á falta de estas condiciones, donde es posible la sorpresa; pero desde el momento en que el ataque se convierte en combates individuales, porque así lo exija la naturaleza del terreno, en aquellos instantes en que la victoria depende más del valor personal, del dominio absoluto del jinete en los movimientos de su caballo, los franceses se quedaban muy atrás de nuestros chinacos, que en tales casos aprovechaban la ocasión de *darse gusto*, como ellos decían. ¿De qué servía entre la espesura de una selva el empuje de los corpulentos corceles de los dragones franceses, ante la ligereza de nuestros pequeños, pero vivísimos caballos, cuya rienda *puede moverse con un dedo*? Entonces el chinaco estaba en su elemento, y se conocía cómo era más valiente y audaz que su enemigo. *Si le tocaba la de malas* y caía prisionero, ya sabía que había de ir al cadalso, tranquilo, risueño, contemplando las espirales de humo de su puro y espaciando su mirada serena sobre los soldados del cuadro. Por cierto que no eran así los franceses: apenas se veían vencidos, en poder de los chinacos, palidecían como difuntos y se hincaban á pedir perdón: si algunos de ellos eran condenados á la pena de muerte, por regla general eran conducidos en peso hasta el pie del patíbulo.

He concluído esta nueva digresión, que también juzgo necesaria, porque determina otro de los caracteres de aquella guerra, y en el caso de la presente narración, explica por qué los cazadores de Africa, en vez de atacar á Ronda, volvieron al trote hacia Uruapan, en tanto que los Lanceros encumbraron lentamente la boscosa cuesta de Taretan para ir á recibir órdenes de Berriozábal.

Mientras esto pasaba en el llano, los vecinos de Uruapan escuchaban el redoble de los tambores y el resonar de los clarines, ejecutando toques extraños, pero sonoros y marciales. No había curiosos en las calles, que si los hubiera habido, habrían presenciado aquella marcha solemne con que caminaban los soldados franceses, el continente altivo de éstos, su paso de vencedores, como que aún estamos dentro de los cuarenta siglos que los contemplan desde lo alto de las pirámides de Egipto. ¡La verdad es que se necesitaba mucha fe, mucho patriotismo de los liberales mexicanos, para combatir á aquel coloso, que con más orgullo que el de Rodas, quería poner una de sus plantas en América, ya que ha puesto la otra en Europa, en Africa y en Asia! ¡Un pie en el nuevo mundo y otro en el antiguo!

Si los soldados del general Douay tuvieron el desengaño de no hallar espectadores en Uruapan, en cambio ellos no se cansaban de admirar el espléndido paisaje que se desarrollaba á su vista, tantos ríos y fuentes cristalinas, tantas frutas que incitaban el paladar, tan amplios horizontes, en suma, tantas y tan variadas galas que adornan el traje exuberante del trópico, envuelto en un ambiente siempre tibio, siempre perfumado. Por esto el coronel Margueritte escribía desde Uruapan á un amigo suyo, residente en Francia: "Estamos á diez y seis leguas de Pátzcuaro: la vegetación es espléndida y se encuentran frutos variados, naranjas, plátanos, etc. Se pierden de vista horizontes montañosos, de los que surge allá abajo el volcán de Colima. ¡Este país es hermoso y fértil!"

La ciudad de Uruapán está dividida en ocho barrios (cuarteles), que forman un octágono irregular, y en cada uno de los vértices hay una capilla, cuyo santo patrono da nombre al barrio. Pues bien, apenas llegada la columna de Douay á la

plaza principal, se desprendieron ocho partidas de tropa que fueron á situarse en grandes guardias en aquellos pequeños templos. Con tantas precauciones andaban los invasores en Michoacán.

Esta precaución no estaba por demás, porque en aquel día solemnizaban los franceses el día primero del año, fiesta en que se entregan á la alegría más estrepitosa. Parecían estar acometidos de locura; tales eran sus gritos, su entusiasmo, su horrible borrachera. Una pequeña fuerza de chinacos habría bastado para exterminar aquella horda de salvajes. Y por esto era prudente la situación de las grandes guardias que cuidaban á todo un ejército ebrio. ¡Imagínense los lectores los excesos á que estuvo expuesta ese día la población! Las familias se encerraron en el fondo de sus habitaciones. En las calles no aparecía un solo vecino. ¡La soldadesca imperaba en plena orgía!

Los jefes y oficiales alojados en las casas, exigían que se les tratase como á príncipes, y sus asistentes se ponían furiosos porque no se les entendían las pocas y mal pronunciadas palabras que sabían del español.

En medio de aquella algazara se publicó un bando con toques de clarín y de tambores: era una disposición del general en jefe que prevenía que cuantos tuviesen maíz y paja los presentasen á la Intendencia, so pena de perderlos en caso de ocultación. El maíz valía entonces en la plaza tres pesos la fanega y veinticinco centavos la arroba de paja. Al día siguiente, sin esperar nuevas manifestaciones, hicieron una requisición espantosa, apoderándose de las existencias que hallaban, sin atender á las disculpas de los dueños que alegaban que, no habiéndose señalado término, debía concederse siquiera el de veinticuatro horas, contadas desde la de la publicación del bando. Todo era inútil ante la cruel inflexibilidad de aquellos hombres.

En los tres días que permanecieron los franceses, no se oía en ninguna casa el palmoteo alegre que indica que *se están echando tortillas*; y para colmar la medida, la Intendencia mandó poner guardias en las panaderías para monopolizar el pan. Todo lo pagaba, es verdad; la honradez quedaba satisfecha coa

señalar la tercera parte del precio y entregarla religiosamente; y respecto de los que fueron despojados de todo, ellos se tuvieron la culpa, por no haberse apresurado á obedecer las benignas disposiciones del bando. Quiten ustedes, queridos lectores, lo del alojamiento gratis, la comida gratis, los servicios personales gratis, el maíz, el pan, el forraje, los fletes, á una tercera parte del precio, y se convencerán de que los franceses no cometían extorsión oficial ninguna. ¡Qué distintos los *Zaragozas!* éstos todo lo pagaban con recibos, lo cual era un robo, supuesto que como ni entonces ni nunca habían de ganar, ¿qué les importaba no regatear precios? Por otra parte, los franceses defendían una causa justa, mientras que los chinacos peleaban de puro tontos, ¡por una falsa sombra llamada independencia!

También creerán los lectores que al irse los franceses la población se quedaría, por de pronto, sin un grano de maíz; pues se equivocan, porque aquellos señores fueron muy generosos: á última hora vendieron las grandes cantidades que les sobraron, obligando á los vecinos á que se las comprasen á su justo y legítimo precio, ¡á tres pesos la fanega!

Entretanto, en las calles seguía la danza: la soldadesca estaba en plena beodez: los que más se distinguían eran los zuavos y una horda de argelinos, tan estúpidos como tan rapaces: nada respetaban, el saqueo era para ellos la cosa más natural del mundo; en las tiendas pedían cuanto se les antojaba, sobre todo no dejaron gota de *la agua de la vida* (eau de vie), como los franceses llaman al aguardiente. ¡Desgraciado el tendero que les hacía alguna reclamación! en el acto lo amenazaban con denunciarlo! ¡Vu ser *Zaragoza!* ¡Vu ser *larrón!* ¡Sacrrr non de Dieu! ¡No había quien chistara!

Uno de los comerciantes, D. Melchor Calderón, tuvo la desgracia de que en su tienda sufriera un ataque de indigestión complicado de delirium tremens, uno de los más apuestos zuavos.¹ Los demás comenzaron á gritar que su compañero había sido envenenado por aquel "*miserrable Zaragoza.*"

¹ Manuel Ocaranza, el afamado pintor, que entonces se hallaba en Uruapan, hizo en un pequeño boceto el retrato de aquel zuavo. Yo poseo el cuadrito, del que es una copia el grabado que va en este libro.

Ya tomaba cartas en el asunto la corte marcial, cuando el zuavo recobró el conocimiento y declaró que había comido chirimoyas y *chicharrones*, todo junto, y que por más que había tomado *de l'eau de vie*, no había podido aliviarse.

Temerosos de otro caso como éste, los comerciantes cerraron sus tiendas, pero se les amenazó por la Intendencia que si no abrían, se les echarían abajo las puertas para que los soldados se proveyesen de lo que necesitaban.

Y no quedaron en esto las escenas de rapiña y devastación. La soldadesca invadió las casas: no hubo gallinas, pollos, huevos, cerdos, gatos y hasta marranas paridas "con todo y sus *hijitos*," que no se comieran aquellos hombres que se mostraban hambrientos, con estómagos insaciables.

Este pillaje duró tres días: desde el 2 comenzó á lloviznar, á causa de uno de esos temporales frecuentes en Uruapan, en que las nubes se extienden en el cielo cubriéndolo como con un velo gris que produce tristeza; la de aquellas setenta y dos horas, fué infinita para las familias de la ciudad que sufrían los ultrajes de los vencedores del mundo.

Algunas infelices indias de los barrios, confiadas en que podrían vender su fruta, se mezclaban entre los grupos de franceses. Entonces las escenas fueron de otra especie, brutales, violentas, asquerosas. Se despertó en los franceses la lascivia, y me basta referir un episodio para que se comprenda hasta qué punto llegó este otro género de ferocidad. Había en Uruapan una *hetaira* llamada Anselma, y por sobrenombre "*la puro apagado*." Un grupo de zuavos fué á dar á la casa de la desgraciadísima mujer: cuando tocó su turno al último de los *amativos*, ¡sus caricias se prodigaron ya en el cadáver de la pobre Anselma!

Aquellos hombres no tenían brizna de vergüenza. Las necesidades que la gente procura satisfacer á solas y en lugares ocultos, ellos las ejecutaban al aire libre, en las plazas y en las calles, delante de todo el mundo. El pavimento quedó intransible y el ambiente ya no olía á azahar de naranjos.....

Concluiremos. Había en Uruapan, mejor diré, en el cercano pueblecito de Jicalan, un loco famoso, porque su tema era decir claridades á las personas de respeto, y entre las perso-



UN ZUAVO. — 1869.

Tomado de un retrato pintado por Manuel Ocaranza.

nas de respeto de aquella ciudad había un sacerdote llamado D. Bruno Gutiérrez. Pues bien, cuando el día 4 los franceses emprendieron su marcha á Zamora, atravesando la magnífica Sierra de Paracho, y llevándose nuestra artillería, la gente de Uruapan salió de sus casas á contemplar los estragos. El loco de Jicalan, tapándose las narices, se encaró á aquel eclesiástico y le dijo:

—Padre D. Bruno, ¡mire la intervención que nos han traído los franceses!